

**Incitando al debate
en torno a la
extensión de la
Anarquía más allá del
anarquismo**

Gustavo Rodríguez

**La reproducción de este folleto a través de medios ópticos, electrónicos o fotocopias, está permitida y alentada por los editores.
Gratis para compañerxs presxs**

«¿Esperas la revolución? ¡La mía empezó hace mucho! Cuando estés listo (¡Dios, qué espera interminable!) no me importará acompañarte por un rato. Pero cuando te detengas, ¡yo continuaré en mi loco camino triunfal hacia la gran conquista sublime de la nada!»

Renzo Novatore
Arcola, enero de 1920

La difusa urdimbre del nuevo imaginario sedicioso

“El tigre no pierde el sueño por la opinión de las ovejas”
Proverbio chino

El tigre, en su invicta andadura, acumula el recuerdo y las huellas del camino recorrido para reafirmarlo tozudamente en esa libertad irrestricta que no asegura alimento pero que omite a priori cualquier posibilidad de degenerar en rebaño o de asentir el pastoreo. El tigre, indómito e irreductible, confronta los enemigos más tenaces. Para ello esgrime sus instintos, aprovechando su portentosa visión nocturna, su prodigioso olfato y su afinado oído. En su ataque certero: desfigura, desgarrar, mata y muere, para volver a renacer indomable y fiero. Nada escapa a este devenir y a él están expuestos los cazadores más temerarios y los domadores más tenaces, los veterinarios y los cirqueros, las tabernas y los altares, las costumbres y las leyes, los sistemas de pensamiento y las instituciones políticas. Todo es zarandeado, desgarrado o eliminado en este movimiento del que sólo la imaginación puede barruntar un principio pero del que nada ni nadie está en condiciones de descifrar sus objetivos y su final. El trágico aliento de lo irreparable así como los enigmas y misterios que suscita suelen reconocer, en tanto trayecto inacabado y en marcha, los vestigios que puedan sobrevivir en la memoria. Así, las entidades, las relaciones y los procesos podrán retener o no el recuerdo y las huellas del camino recorrido, ya sea para confirmarlo tozudamente o para torcerlo en forma más o menos irremediable. El tigre pone a prueba, temple, incita, resucita, persigue, sacraliza, permuta, esconde, desvela, envejece, rejuvenece, mata, muere y vuelve a parir.

El anarquismo, concebido no como una realización ineludible sino como tensión permanente encarnada en una configuración concreta de pensamiento y acción, es también un tigre indomable y fiero, afectado de cabo a rabo por su caprichosa andadura en libertad.

Las nuevas garras del Tigre: Un repaso de la confrontación antisistémica en curso a lo largo y ancho de la geografía mexicana

En México, los primeros zarpazos de la confrontación anárquica se remontan al año 2001 y se entroncan necesariamente con el desarrollo del *anarquismo contemporáneo* en la región. En el mes de septiembre de ese año se pueden rastrear los ataques inaugurales de una *nueva estructura abierta de pensamiento y acción*, teniendo como denominador común el anonimato y la indiferencia de los medios de comunicación.

En la madrugada del 16 de septiembre de 2001 se registrarían atentados incendiarios simultáneos en la ciudad de Tijuana, Baja California, en tres municipios del estado de México y en dos delegaciones políticas del Distrito Federal. Los objetivos: bancos, franquicias de Mc Donald's y cabinas telefónicas propiedad de la empresa TELMEX. En las primeras horas del 21 de noviembre de

2001 se repiten los ataques coordinados; a la sazón, se originará la primer embestida con armas de fuego contra una patrulla de la Policía Municipal de Tijuana, Baja California y se ampliará el radio de acción extendiéndose los ataques a Cuernavaca, Morelos y a la ciudad de Querétaro, estado de Querétaro. Ambas fechas, el 16 de septiembre y el 21 de noviembre, serán una constante en el calendario del accionar antisistémico hasta el 2007, año en que se incorpora al mapa de las acciones el estado de Coahuila, registrándose por vez primera ataques incendiarios en la ciudad de Saltillo. Las acciones permanecerán en total anonimato.

Desde el año 2006 se conformaría la Coordinadora Informal Anarquista (C.I.A.), en un «*intento de organización efímera de la informalidad anárquica en conflictividad permanente con todo lo existente*». Su intención sería «*facilitar la coordinación informal de los grupos de afinidad antisistémica con la intención de concretar y extender el ataque contra el sistema de dominación y la servidumbre voluntaria*». En 2008, se intensificarían los ataques con particular incidencia en la misma zona de operaciones; sin embargo, se amplía drásticamente la lista de “objetivos” a atacar y se verifica la primera reivindicación el 19 de octubre. En esta ocasión sería el denominado *Frente de Liberación Animal* (FLA), quien asuma la responsabilidad pública del ataque contra una franquicia de Burger King, en el estado de México. Ese mismo mes, el día 28, se documentaba el ataque incendiario contra tres patrullas de la Procuraduría General de la República (PGR) en la ciudad de México y se adjudicaría la acción el *Círculo Anarquista en Conflictividad Permanente* «*en solidaridad con los anarquistas detenidos durante los enfrentamientos de la marcha del 2 de octubre*».

A partir de estas fechas, aparecerían nuevos protagonistas de la sedición anárquica, sumándose a las reivindicaciones el Frente de Liberación de la Tierra, la Célula Ecoanarquista por el Ataque Directo, la Coordinadora Informal de Grupos e Individuos de Acción, los Ludditas contra la Domesticación de la Naturaleza Salvaje e, Individualidades Ácratas por la Destrucción del Orden Establecido. Paralelamente, continuarían suscitándose ataques anónimos en la ciudad de Tijuana, Ciudad de México y en los municipios conurbados del estado de México.

En el año 2009 se revela una estampida sin precedente –que los medios de comunicación masivos denominarían “la ofensiva anarquista”–, verificándose un incremento considerable del accionar anárquico con un promedio de cinco a siete ataques mensuales. También germinaría una nueva constelación de *grupos de afinidad* dedicados al ataque frontal contra la dominación, destacando el *F.L.A.M.A.*; *las Brigadas por la Liberación*; *Arte como Crimen, Crimen como Arte*; la *Coordinadora Informal e Incendiaria por la Subversión y la Acción Descentralizada*; las *Células Autónomas por la Propagación de la Ofensiva Antiautoritaria*; el *Frente Subversivo de Liberación Global*; el *Comando de Individuos Libres, Peligrosos, Salvajes e Incendiarios por la Peste Negra*; *Ecopirómanos por la Liberación de la Tierra*; *Combatientes Ecologistas por la Liberación de la Tierra*; *Revolución Verde y Negra*; *Ecoanarquistas Guadalajara*; las *Células Autónomas de Revolución Inmediata-Praxedis G. Guerrero*; la *Alianza Subversiva por la Liberación de la Tierra*; *Acción Anarquista Anónima*; *Brigada de*

Ecosaboteadores por la Venganza Nunca Olvidada; la Célula contra la Dominación del Frente de Liberación de la Tierra; las Brigadas de Acción Revolucionaria por la Propaganda por el Hecho; el Grupo de Ataque Insurrecto; Acción Armada Simón Rodowitzky y; el Comando de Ajusticiamiento 25 de Mayo de 1910. Sin duda, entre todos estos núcleos de acción, llegaban para quedarse el *Frente de Liberación de la Tierra (FLT)*; las *Células Autónomas de Revolución Inmediata- Praxedis G. Guerrero (CARI-PGG)* y; *Acción Anarquista Anónima (AAA)*. Estos agrupamientos concentraban sus ataques en el Distrito Federal, el estado de México y Baja California; aunque inmediatamente se amplificaría de manera desmedida el radio de ataque, sumándose al mapa de la contestación refractaria los estados de Colima, Guanajuato, Jalisco, Nayarit y San Luis Potosí.

Para 2010, se multiplicarían los *grupos de afinidad* de acción antiautoritaria, incorporándose a la arremetida contra el «*sistema de dominación tecno-industrial*» la *Célula Libertaria Praxedis Gilberto Guerrero*; la *Columna Terrorista de Ixs Revolucionarixs de Negro*; *Caos Espontáneamente Anónimo y Salvaje*; *Individu@s Clandestin@s Desarrollándose en la Revuelta Callejera* y; el *Frente Insurreccionalista de Liberación de la Tierra*. En este mismo año, comenzaría a bocetarse una nueva coordinación informal de grupos anárquicos –atendiendo al llamado de los grupos anarquistas de Grecia– que remplazaba a la auto disuelta *Coordinadora Informal Anarquista* y daba vida a la propuesta internacional de *Federación Anarquista Informal (F.A.I.)*. Plataforma provisional que intenta aunar esfuerzos anarco-insurreccionales encaminados a cimentar un nuevo paradigma anárquico y concretar una articulación *urbi et orbi* entre los diferentes agrupamientos e individualidades ácratas: *la Internacional Negra*.

La expansión del ataque antiautoritario continuaría durante el año 2011 integrándose al atlas del accionar los estados de Veracruz, Tabasco y Oaxaca. Asimismo, se registrará la aparición de nuevos agrupamientos: las *Células Terroristas por el Ataque Directo/Fracción Anticivilización*; las *Individualidades Anarquistas Solidarias*; las *Individualidades Tendiendo a lo Salvaje (ITS)*; el grupo “*Ácratax*”; la *Célula Revolucionaria Insurreccional Anarquista (CRIA)*; la *Red Internacional de Acción y Solidaridad*; el *Grupo Informal Anticivilización*; la *Conspiración de las Células del Fuego (CCF)* y; la *Célula Insurreccional Mariano Sánchez Añón (CI-MSA)*. A lo largo de este año se acrecentará la embestida antisistémica de forma descomunal, incrementándose los ataques incendiarios y explosivos; además se adjudicarán ejecuciones de policías e incluso de un investigador en Biotecnología. Este hiper accionar se venía documentando desde 2010 y se prolongaría hasta 2012, año en que se suman al mapa de la acción directa los estados de Chihuahua, Nuevo León, Puebla, Sonora y Tamaulipas. Durante este año la *Federación Anarquista Informal (FAI)* intentará aglutinar esfuerzos; así observaremos cómo la inmensa mayoría de los núcleos de acción anárquica a lo largo y ancho de la geografía mexicana comenzarán a firmar sus comunicados reivindicativos como «*afines a la Federación Anarquista Informal (FAI)*.» *Individualidades Tendiendo a lo Salvaje (ITS)* sería la única excepción. No sólo no se suma a la nueva coordinación anárquica sino que emprende un particular camino propio apartándose de los planteamientos ecoanarquistas originales y guardando distancia de las etiquetas sin renunciar del todo a cierto

“aire de familia”. Este mismo año, florecen nuevos grupos de afinidad, incorporándose a la lucha antisistémica el *Núcleo Antagonista Anarquista de Ajusticiamiento 25 de noviembre-FAI*; la *Iniciativa Anarco-Insurreccionalista de Ofensiva y Solidaridad “Julio Chávez López”-FAI*; el *Grupo Anarconihilista por la Nada Creadora-FAI*; el *Círculo Informal de Antagónicos Individualistas-FAI*; la *Conspiración Solidaria Internacional-FAI*; el *Núcleo por el Ataque Violento e Inmoderado contra el Poder-FAI*; *Autónomos Incivilizados-FAI* y el *Movimiento Anarquista Revolucionario de San Luis Río Colorado (MARS)*.

Sabotajes, incendios, expropiaciones, ataques explosivos, ejecuciones y paquetes-bomba, serían la constante. Bancos, partidos políticos, centros de investigación en biotecnología y nanotecnología, supermercados, industrias, bodegas, tiendas de cadenas transnacionales, iglesias, consulados, organizaciones civiles («*falsos críticos del sistema*»), representantes del clero, procuradores de justicia, alcaldes, policías, políticos, embajadores y carceleros, serán los “objetivos”. 2012 representa un «*salto cualitativo*» en el accionar antisistémico puesto en práctica durante poco más de una década; destacando la extrema actividad de las *Células Autónomas de Revolución Inmediata-Praxedis G. Guerrero/FAI*; la *Conspiración de las Células del Fuego/FAI*; la *Célula Insurreccional-Mariano Sánchez Añón/FAI*; la *Fracción Anticivilización del Frente de Liberación de la Tierra/FAI* e; *Individualidades Tendiendo a lo Salvaje*.

Indiscutiblemente, se ha venido gestando un intento de minimizar y, sobre todo, silenciar el nuevo accionar sedicioso por parte de los sectores más retrógrados del llamado “movimiento” anarquista en México, al comprobar el inminente desarrollo de una tendencia que comienza a consolidarse como modelo prevalente de pensamiento y acción y, se identifica ajena a los anquilosados postulados del anarquismo clásico.

Estos elementos obcecados de la intentona centralizadora de la *Federación Anarquista de México (FAM)*, han optado por ignorar el avance del nuevo despertar anárquico, condenado al ostracismo a los protagonistas de este irrefutable impulso subversivo. Tratan –junto a los medios de comunicación masiva– de presentarles como un mismo agrupamiento que cambia de nombre cada vez que realiza una acción; sin embargo, es evidente que cada grupo responde a particularidades muy concretas a pesar de presentar un conjunto de tendencias que le identifican y le dotan de puntuales herramientas teórico-prácticas, permitiendo la coordinación informal de su accionar.

Este “conjunto de tendencias” –manifiesto a través de las entrevistas y la selección de comunicados recogidos en esta compilación– nos muestra marcadas propensiones y preferencias que le dan cuerpo teórico-práctico específico a un nuevo paradigma subversivo diferenciado que comienza a cimentarse como producto histórico nuevo y respuesta concreta a circunstancias determinadas, edificando una estructura abierta de pensamiento y acción resueltamente contemporánea. Así, observamos una suma de características que configuran una suerte de denominador común, donde destacan la crítica contundente a las

denominadas *izquierdas*, particularmente encauzada contra la socialdemocracia (electorera y/o armada) y las estructuras vanguardistas de signo marxista-leninista; el categórico rechazo a las intituladas “organizaciones civiles”, identificándolas como «*órganos recuperadores de la dominación*», «*falsos críticos del Poder*» y «*contenedores de la confrontación antisistémica*»; la decisiva ruptura con «*todo lo existente*» orientada hacia el quiebre con las concepciones científico-positivistas encaminadas al Progreso y el desarrollo armónico del proyecto civilizatorio y; la creciente tendencia a abandonar *la Revolución* como designio, fomentando un nuevo andamiaje conceptual que alimenta la puesta en práctica de cientos de miles de revoluciones individuales y colectivas, paralelas e inmediatas, desplegadas aquí y ahora, identificando a la Anarquía como una tensión permanente y no como una utópica realización. De igual forma, se revela cierta evolución discursiva que se aleja drásticamente de la lógica social, concentrando el grueso de su artillería crítica contra la *servidumbre voluntaria* detectando a los «*sectores adormecidos de la sociedad*» como cómplices de la opresión y parte incuestionable del problema. Sin duda, también queda manifiesta una axiomática propensión hacia la extensión del ataque y la proliferación de los grupos de acción anárquica, constatándose una creciente disposición a renunciar a las reivindicaciones y regresar al accionar anónimo.

Los pasos del Tigre: Fundamento y ocaso del anarquismo clásico

No pocos anarquistas se rendirían gustosos ante la idea de que el edificio conceptual que los sostiene es decididamente intemporal y que la historia que le dio forma es, al tiempo que una insoslayable necesidad de especificación, un accidente permutable del que, a ciertos efectos, es posible prescindir rotunda y drásticamente. Coincidamos o no con esta perspectiva, lo cierto es que sus partidarios no carecen, para avalar su tesis, ni de una portentosa ascendencia (que en los más diversos campos del saber ha pretendido fundar una ontología y una antropología universales) ni de ejemplos provenientes de múltiples contextos culturales.

La pretensión de fundar el pensamiento anarquista sobre bases psicológicas, biológicas y aún físico-químicas, ha ejercido siempre una fascinación irresistible. Así, es posible encontrar en Herbert Read, por ejemplo, una asimilación entre la rebelión parental como principio de crecimiento y la rebelión frente a la figura del jefe como momento configurador de la autonomía¹. O hallar en Murray Bookchin, una continuidad entre las formas libertarias de organización social y las propias de

¹ Vid, al respecto, de Herbert Read, *Anarquía y orden. Ensayos sobre política, passim*; Editorial Americalee, Buenos Aires, 1959. Habrá que aclarar aquí que pese a nuestras profundas discrepancias, está muy lejos de nuestro ánimo intentar desacreditar ahora la obra de Read sino que procuramos ilustrar a través suyo una inflexión que, toda vez que se vuelve excluyente o hegemónica, desnuda las insuficiencias explicativas que más adelante tendremos oportunidad de encarar. Esto quiere decir que la incorporación teórica de una vertiente explicativa psicológica se vuelve tanto más fecunda cuanto más firmemente articulada esté al desarrollo histórico correspondiente; afirmación ésta que puede extenderse también a los ejemplos inmediatamente posteriores, en sus respectivos y específicos niveles disciplinarios de análisis.

los ecosistemas no jerárquicos². O toparnos, en el planteo clásico de Piotr Kropotkin, que la Anarquía sería algo así como la culminación del sendero evolutivo inspirado en ese rasgo instintivo que es el principio del apoyo mutuo intra-específico³.

En una línea similar de construcción teórica, llegaremos a tropezar con quienes recurren al principio de territorialidad aplicado por Konrad Lorenz a diferentes especies animales y sitúen a ese nivel el apoyo genético fundamental para la necesidad de autogestionar un espacio propio⁴. O apelen, con base en la dinámica del mundo físico, a las tendencias a la auto-organización de los sistemas de que habla Ilya Prigogine⁵. O, mucho más directamente, sostengan junto con Manfred Max-Neef que la libertad es una necesidad humana fundamental que no hace distinguir alguno respecto a los tiempos y lugares que eventualmente la vean aflorar como objeto de reflexión y de deseo⁶. Quienes así razonan no tendrán demasiadas dificultades para ubicar antecedentes múltiples, concluir en su lejano parentesco con Lao-Tse o Zenón de Citio o Carpócrates de Alejandría, atribuirles por asimilación forzada una significación anarquista y dejar planteadas sinuosas genealogías que rápidamente encuentran su solución de continuidad⁷.

Sin embargo, por muy insinuantes que puedan resultar estos enfoques, no deja de ser cierto que el anarquismo es también –y, quizás, sobre todo, a pesar del aparente “sectarismo” de la afirmación y los razonamientos subsiguientes– una *estructura concreta de pensamiento y acción* y, en tanto tal, un producto inteligible sólo en términos históricos y a través de sus expresiones afines. En tal sentido, la obra de William Godwin puede ser concebida como un antecedente lejano, la de Max Stirner como un manantial crítico inagotable del cual nutrirse y la de Pierre Joseph Proudhon como la configuración de la transición inmediatamente previa. Pero esa *estructura concreta de pensamiento y acción* de que hablamos y a cuyas marcas fundamentales nos referiremos siempre, como conjunto articulado y coherente que es, sólo resulta reconocible en tanto *paradigma subversivo diferenciado* a partir de las rupturas de Mijail Bakunin con la *Liga por la Paz y la Libertad* y con la fracción de la 1ª. *Internacional* conducida por Karl Marx.⁸

2 Murray Bookchin; “El concepto de ecología social” en *Tierra Amiga* No. 3, pág. 5 y ss.; Montevideo, junio de 1992.

3 Piotr Kropotkin; *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución, passim*; Editorial Proyección, Buenos Aires, 1970.

4 Konrad Lorenz y Paul Leyhausen; *Biología del comportamiento (raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad)*; Siglo XXI Editores, México, 1976.

5 Ilya Prigogine; *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*; Tusquets Editores, Barcelona, 1988.

6 Manfred Max-Neef, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn; “Desarrollo a escala humana. Una opción para el futuro”, en *Development dialogue, Número especial 1986*; Cepaur-Fundación Dag Hammarskjöld, Suecia, 1986.

7 *Vid*, como ejemplo, Rudolf Rocker; *Anarquismo: sus aspiraciones y propósitos*; F.O.R.U., Montevideo, s/f.

8 Sobre los episodios que aquí se mencionan y a los cuales nos referimos con anterioridad como “doble ruptura bakunista” (en el apartado *Un poco de historia*), lo mejor es recurrir a las fuentes directas. *Vid*, en este caso, James Guillaume, *Apuntes biográficos de Bakunin*, incluido en la

Rupturas en las que, a su vez, el nombre de Bakunin es, como hemos repetido en sobradas ocasiones y sin perjuicio de su inequívoco protagonismo, no mucho más que la metáfora con que habitualmente se designa a una cierta corriente de pensamiento y acción, a un cierto movimiento subversivo con identidad y perfiles propios y, a una cierta forma claramente discernible de beligerar por los supuestos materiales, los símbolos y los derroteros de aquella historicidad, cuya representación orgánica primera y fundamental será la *Alianza por la Democracia Socialista*.⁹

A partir de esta convicción, el anarquismo podrá seguir reclamando, así sea como hipótesis, sus raíces trans-históricas y la diversidad de expresiones que éstas habilitan; sin embargo, no podrá ya dejar de dar cuenta de las condiciones de posibilidad que lo explican y lo nutren en un cierto cuadro histórico específico. Las que, además, lo constituyeron en cuanto producto singular, no extrapolable como variación radical del liberalismo o del marxismo sino en tanto género propio de teorización y de práctica. Se trató, por lo tanto, en aquel entonces, de *un producto histórico nuevo, de una respuesta concreta a circunstancias sociales determinadas* que, no obstante ello, explicaba, contenía y daba sentido a la vasta genealogía precedente así como pretendía proyectarse hacia un futuro, ubicado bastante más allá de sus circunstancias de origen.

Ahora bien, el punto sobre el que consideramos imprescindible enfatizar es precisamente aquel que nos advierte que ese inmenso arco que une un pasado remoto con un futuro también previsiblemente lejano sólo es posible a partir de ese momento en el cual el anarquismo se justifica y fundamenta en tiempo presente y se constituye como actor de una cierta y específica historicidad. Lo cual, desde nuestra óptica, está encadenado necesariamente a una segunda convicción, sobre la que pretendemos trabajar y proyectarnos: el anarquismo, como *estructura concreta de pensamiento y acción*, es –o debería ser, so pena de fosilización– una configuración abierta y cambiante, tanto como pueda serlo la historicidad de la que forma parte y que constituye su caldo de cultivo y su inexorable condición de posibilidad.¹⁰

Consecuentemente, este cuadro teórico-práctico nuevo sugería, por su parte, explicaciones, ubicaciones y orientaciones extraordinariamente complejas y contradictorias, cuya influencia puntual es imposible discriminar en este momento pero con efectos de conjunto que parecen estar fuera de toda duda. La dialéctica hegeliana y el positivismo, el racionalismo y el romanticismo, las ideas socialistas y el evolucionismo, constituirían el sustrato de pensamiento sobre el cual el

edición a cargo de Sam Dolgoff, *La anarquía según Bakunin*; Editorial Tusquets, Barcelona, 1977.

9 Ídem.

10 De ahora en adelante haremos una identificación fraudulenta entre el anarquismo y lo que fue solamente su corriente histórica central, a la que de aquí en más identificaremos como “anarquismo clásico”. Ello no implicará desconocer las múltiples variantes que se plantean en su entorno, sino encarar el presente análisis a partir del componente anárquico que, en sentido más propio y en forma más acabada, merece ser calificado como estructura de pensamiento y acción y como movimiento beligerante reconocible en el contexto de su historicidad.

anarquismo se construirá a sí mismo. La noción de que *la historia es un despliegue orientado hacia el progreso, que necesariamente habrá de desembocar en una sociedad capaz de resolver satisfactoriamente los conflictos que le aquejan*, será una idea dotada de particular magnetismo que influirá decisivamente en su época. Idea no precisamente simple y unívoca en la teorización anarquista pero que, en su conjunción con las ideas socialistas, permitía situar en torno a una plástica intencionalidad igualitaria tanto la materialización terrenal de la libertad como las inevitables desembocaduras del porvenir.

He aquí planteada, entonces, en sus dimensiones más características e influyentes, la historicidad del anarquismo finisecular, tal y cómo éste la concebía; he aquí planteadas, por lo tanto, las condiciones de posibilidad de su emergencia como *estructura abierta de pensamiento y acción*, como género propio de teorización y de práctica que, acto seguido, deberemos abordar.

Concédasenos ahora una licencia de “imprecisión” conceptual y se nos encontrará dispuestos a afirmar que la base fundacional sobre la que se erigió el edificio anarquista en las tres últimas décadas del siglo XIX fue una implacable crítica del poder y de las relaciones de dominación, en diálogo con una intuición saludablemente violenta, eruptiva y sentimental de la libertad, tendencialmente percibida como fundamento axiológico. Todo ello, incluso, aunque no olvidemos que Bakunin cargó sus tintas contra el principio de autoridad,¹¹ que la Anarquía misma se define como negación del gobierno y que el destinatario privilegiado de las bombas, los palos y las piedras no fuera otra cosa que el Estado. Si así lo hiciéramos, estaríamos encubriendo lo que fue el trabajoso proceso de consolidación del anarquismo como pensamiento radical y como acción subversiva y confundiendo nuestra propia formulación lógica actual con esa vibrante peripezia. Lo que en realidad ocurrió fue que el anarquismo se construyó –como casi toda obra histórica– sobre la base de una serie de desplazamientos teóricos sucesivos y asistemáticos, de los cuales nuestra “imprecisión” conceptual no es más que un resumen quizás arbitrario y de flagrante simplicidad.

Sin embargo, más allá de estas salvedades, es genuino y fructífero apelar a esta esquematización para comprender cómo se configuró la *estructura de pensamiento y acción* que fue el anarquismo clásico. Así, esa crítica de las relaciones de poder y dominación a que aludimos, podrá concebirse como la piedra fundamental de un edificio conceptualmente sobrio y, a la vez, metódicamente explosivo; sobrio por cuanto podrá sostenerse coherentemente luego de sus desarrollos teóricos más obvios y explosivo en tanto constituyó una exuberante armadura de confrontación con su historicidad. Crítica, entonces, de toda forma de centralización político-jurídica del Poder, del monopolio de las decisiones y del uso de la fuerza; crítica de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción, distribución, crédito e intercambio; crítica del control de

¹¹ Sobre este tema es imprescindible recurrir a las fuentes mismas. *Vid.*, al respecto, Miguel Bakunin; *Dios y el Estado*; Ediciones Antorcha, México, D.F., 4ª. Edición, 1990.

la información y el saber como fundamento de privilegios y de jerarquizaciones técnicas o burocráticas; crítica de las instituciones y las costumbres, ya se trate del derecho como de la moral, el ejército, la familia, la religión, la educación o la sexualidad; crítica de sí mismo, por último, y de los riesgos de adulteración, deformación o asimilación que se dibujaban sobre su propia entereza.

Finalmente, todo esta *estructura de pensamiento y acción*, necesitará de un instrumento capaz de asumir como propias las tareas, riesgos y exigencias de esta empresa de colosales dimensiones. Ese será el rol que le asignarán a los sindicatos y/o a las organizaciones específicas, según los casos, en tanto destacamentos de combate y escuelas de vida. Instrumento que, además, no podía ser una reserva de prerrogativas sobre los logros de la sociedad futura sino apenas el cauce a través del cual canalizar el hecho mismo de entregarse en cuerpo y alma a las urgencias insurgentes. Ese nivel, remate de la elaboración doctrinaria previa, se constituirá en la *esperanzada fragua del hombre nuevo*, en el intento primerizo y anticipado de realización de los valores generatrices, en el espacio augural de la libertad.

Una crítica históricamente fundada, un marco valorativo estrechamente conectado a la misma, un modelo de sociedad en relación de correspondencia con él, un proyecto de cambios acorde con las conclusiones previas, una práctica puntualmente orientada a la consecución de tales objetivos y un instrumento augural de transformaciones revolucionarias son, entonces, los elementos constitutivos del anarquismo clásico en tanto *estructura de pensamiento y acción*. Ellos son, en su conexión y en su coherencia, el producto teórico-práctico provisorio de la doble ruptura bakuninista y la respuesta de inequívoca beligerancia al contexto histórico que les confirió sentido y que, simultáneamente, constituyó su condición de posibilidad. El derrotero anárquico posterior representó una continuidad, un desarrollo y un aprendizaje respecto a su logro inicial, permitió fecundar las figuras básicas y distintivas de ese quehacer subversivo, tensó al máximo sus potencialidades y energías y, por último, exploró también sus dificultades, sus escollos y, más dramáticamente aún, sus propios límites.

Esa *estructura abierta de pensamiento y acción* de que hemos venido hablando da lugar –en términos metafóricos, a los que seguramente se nos permitirá apelar–, a tres figuras básicas del quehacer anárquico: la del *profeta milenarista*, la del *arquitecto utópico* y la del *bandido trágico*¹²; figuras bosquejadas a partir de resoluciones deliberadas y de contingencias, de perfiles personales más o menos nítidos y de circunstancias, de períodos prolongados de reflexión y de efímeras coyunturas. Figuras diversas, también, y que, en tanto tales, expresan, quizás, no las fisuras y sí las posibilidades cromáticas de su trasfondo teórico-práctico, las peculiaridades desde las cuales recorrer un escenario histórico común y, sin

12 La expresión, consecuentemente, no pretende ser peyorativa y está, entre otras, sugerida por la lectura de Osvaldo Bayer; *Severino Di Giovanni. Idealista de la violencia*, especialmente, capítulos IV y VI; Editorial Galerna, Buenos Aires, 1970. La expresión se sintoniza con el exuberante desarrollo del denominado “ilegalismo anárquico”, además, resulta literariamente más fecunda y mucho más abarcativa que, por ejemplo, la de “*anarquista expropiador*”.

embargo, caleidoscópico, mutante de un lugar a otro y crispado de un instante al siguiente. Figuras que representan respuestas distintas al devenir de la utopía: la confianza en el advenimiento espontáneo e inevitable de un estallido insurreccional liberador; la paciente labor de construcción del futuro a partir de sus raíces más elementales y necesarias; el grito desgarrado de rebeldes refractarios e insobornables que no se resignan a admitir crepúsculos ocasionales o bruscas interrupciones y, tampoco, el imperio de un ritmo exasperantemente lento y desolador. Figuras diversas y distintas –la mayoría de las veces enfrentadas entre sí–, pero que, no obstante tales variedades, encuentran en la común apelación a **la Revolución** –mítica y, a la vez, carnal–, el telón de fondo y la referencia insustituible de sus periplos.

La Revolución funcionaría ahora como llave de paso, como *conditio sine qua non* de realización del Programa o como garantía de abatimiento de las últimas ciudadelas del poder político centralizado y de los privilegios económicos de clase. Si bien **la Revolución** no resulta ser, en este caso, el *dios* excluyente que, con su sola fuerza, es capaz de crear el espacio social de la libertad sobre la tierra improductiva del antiguo régimen, aparece sí como el remate insustituible del largo y paciente trabajo previo de construcción. Sólo la mediación revolucionaria, puede hacer que los embriones libertarios creados anticipadamente logren crecer, desarrollarse y articularse a plenitud tanto como permitir que viejas organizaciones de trabajadores asalariados, abocadas a la resistencia, puedan constituirse en forma virtualmente automática en agentes de la gestión productiva de la sociedad. **La Revolución** no monopoliza ya las potencialidades creadoras pero sigue siendo el recurso imprescindible de su eventual hegemonía.

Periódicamente, el poder del Estado acrecienta su naturaleza opresiva, las movilizaciones populares se retraen luego de un estrepitoso fracaso, las organizaciones de los trabajadores son ferozmente perseguidas y desarticuladas y **la Revolución** adquiere, consecuentemente, contornos difusos, apagados y, para colmo, en retroceso. Frente a las tinieblas de este tipo de situaciones, la luz parece que sólo pudiera provenir de los ánimos refractarios, de acciones individuales o de pequeños grupos de afinidad, capaces de volver a conmover y tensionar las fuerzas adormecidas. Habrá que expropiar bancos para revitalizar las ruinosas finanzas del campo anárquico, habrá que fomentar insurrecciones localizadas para templar las deprimidas energías del movimiento, habrá que recurrir al atentado justiciero para dejar bien claro que la represión, por muy brutal que sea, no podrá contener la inevitable vindicta: será el tiempo, por lo tanto, de los bandidos trágicos, herederos también de una larga tradición ácrata.¹³ Trágico será el final en casi todos los casos, pero tal cosa dista de ser relevante allí donde la dimensión esencialmente ética de la insurrección violenta frente al poder, es considerada en su más radical puridad. La lógica del bandido no está rigurosamente vinculada a la eficiencia de su acción, sino a la conmoción propagandística del gesto en sí.

13

Vid., al respecto Eric J. Hombrowm, *Bandidos*; Editorial Ariel, Barcelona, 1976, cuyo capítulo final está significativamente dedicado a la incansable travesía del anarquista catalán Quico Sabaté.

La Revolución estará presente en su ausencia, en su inasibilidad, en su escurridiza condición, en el hecho mismo de esfumarse como posibilidad. El gesto rebelde del bandido sustituye con su impronta una insurrección generalizada que no habrá de producirse. Será la respuesta enérgica al vacío, a las urgencias, a un insoportable estado de miastenia revolucionaria.

La épica del bandido forma también su pequeña comunidad originaria, dibuja en el trazado utópico los puntos correspondientes a su propia entrega y advierte, en su intransigente accionar, que los vencedores del presente quizás tampoco puedan dormir en paz. A su modo, el bandido trágico sabrá transmutar las sordideces de sus calabozos y sus patíbulos en la heráldica indefectible de cientos de revoluciones triunfantes.

Las figuras emergentes del anarquismo clásico son la expresión práctica de una estructura abierta de pensamiento y acción que se construye y sobrevive sin mayores transformaciones durante el período que se extiende entre la Comuna de París de 1871 y la revolución española de 1936. Estas diversidades –que algunos podrán reputar como propias de la estrategia política, otros asignarlas a diferencias de temperamento y otros aún considerarlas como el reflejo de orientaciones filosóficas probablemente adversas–¹⁴ son, en realidad, consecuencia de las aperturas e interrogantes de un paradigma que, sin perjuicio de su coherencia, dista de haber resuelto todos los problemas habidos y por haber. Y, por cierto, no es la única diversidad posible, puesto que también podrían establecerse otras distinciones entre anarco-sindicalistas y anarquistas partidarios de la organización específica¹⁵ o, en el propio campo anarco-sindicalista, entre los defensores de las sociedades de oficio y los promotores de sindicatos únicos por rama de producción¹⁶. Sin embargo, ninguna de estas inflexiones permite bosquejar figuras tan nítidas y ninguna de ellas se instala en ese punto central del anarquismo clásico que es el problema de *la Revolución*; un punto que, durante el período de despliegue y de auge constituirá buena parte de la vitalidad doctrinaria, será el objeto de sucesivas reelaboraciones –siempre complementarias de la anterior– y se configurará como el aspecto político-práctico de mayor relevancia y significación.

Así como Mijail Bakunin es el personaje emblemático de los primeros pasos del anarquismo clásico y Piotr Kropotkin, el encargado de dotarlo de cierto vuelo argumental del que carecía, Errico Malatesta es seguramente el homólogo de

¹⁴ Este es el caso, por ejemplo, de James Joll, quien cree que entre los diferentes tipos de anarquista hay una escisión fundamental en torno al problema del racionalismo; *vid.*, de este autor, *Los anarquistas*; Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1968.

¹⁵

Sobre las desavenencias a propósito de este tema en el Congreso de Amsterdam de 1907, *vid.* también James Joll, *Op.Cit.*, pág. 190 y ss.

¹⁶

La discusión más sonada de este tema probablemente haya tenido lugar en el Congreso de Sans de la CNT española, celebrado en 1918. Sobre el mismo, *vid.* Juan Gómez Casas, *Historia del anarcosindicalismo español*; Editorial ZYX, Madrid, 1968.

ambos sobre el final del período y Buenaventura Durruti la representación icónica de su momento de mayor gloria. En ese recorrido, el proyecto de cambios, del cual **la Revolución** constituye su eje de rotación, es el nudo inobjetable del paradigma y el punto que concentra la mayor parte de las preocupaciones teóricas y de las energías militantes: primero, en torno a la referencia central que fue la Comuna de París; luego, procurando extraer las enseñanzas propias de la experiencia anarquista en el seno de la revolución rusa;¹⁷ más tarde, en la larga vigilia que precede a la revolución española. Allí, en ese complejo organizativo compuesto por la Confederación Nacional del Trabajo, la Federación Anarquista Ibérica y las Juventudes Libertarias –genéricamente denominado *Movimiento Libertario Español*–, se fraguó la más profunda experiencia de cambio social de que tuviera noticia el siglo XX: para los anarquistas representó, por fin, la llegada de **la Revolución**, de **su Revolución**.

Mirada desde la perspectiva que da la tremenda distancia que nos separa, la revolución española parece haber sido el canto del cisne del anarquismo clásico.¹⁸ Nunca como entonces, el conjunto de críticas, valores, modelos, proyectos, prácticas e instrumentos que el anarquismo tenía tras de sí llegó a manifestarse hasta los extremos en que lo hizo durante aquella épica. Nunca como entonces, tampoco, una síntesis tal de profetas milenaristas, arquitectos utópicos y bandidos trágicos –de los cuales, la trayectoria de Buenaventura Durruti fue su mejor resumen–¹⁹ alcanzó esos grados de conjugación, de arraigo y de pertinencia histórica. En julio de 1936, en la península Ibérica, el anarquismo clásico tensó todas sus cuerdas y posibilidades, luego de largas décadas de espera por la revuelta. La inmediata y multitudinaria respuesta al levantamiento militar y las milicias populares subsiguientes representaron la mejor expresión de un proyecto exhaustivamente acariciado, tanto como las colectividades libertarias lo fueron de un modelo de sociedad que, al fin, estaba al alcance de la mano.²⁰

17

Los estudios anarquistas sobre la revolución rusa adquieren una importancia fundamental en el desarrollo del paradigma clásico por cuanto los episodios analizados representan una confirmación de las tesis bakuninistas de la I Internacional, que ahora es posible retomar frente a un acontecimiento de singular importancia. Al respecto, vid., con repercusiones teóricas poco nítidas, pero acaudalando las mismas conclusiones, debe seguir recurriéndose a Volin, *La revolución desconocida*, Editorial Proyección, Buenos Aires, 1977 y Piotr Archinof, *Historia del movimiento macknovista*, Editorial Tusquets, Barcelona, 1975.

18

Entre la multitud de textos recomendables sobre la revolución española preferimos mencionar aquí, por su inflexión crítica y ocasionalmente virulenta, el de J. García Pradas, *¡Teníamos que perder!*; Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1977 y también, de Vernon Richards, *Enseñanzas de la revolución española*; Belibaste, París, 1971.

19

Sobre la trayectoria de Durruti el texto de referencia básica es el de Abel Paz; *Durruti*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1978. Interesante, aunque más impresionista, “novelado” y volcado a lo anecdótico es, de Hans Magnus Enzensberger, *El corto verano de la anarquía (Vida y muerte de Buenaventura Durruti)*, Editorial Grijalbo, México, 1975. Entre los estudios de aparición más reciente, puede consultarse, de Antonio Morales Toro y Javier Ortega Pérez (eds.), *El lenguaje de los hechos. Ocho ensayos en torno a Buenaventura Durruti*; Los libros de la catarata, Madrid, 1996.

20

La Revolución, que durante tanto tiempo maduró en la imaginación y en los actos de incontables anarquistas, había llegado: químicamente impura; cargada de interrogantes imprevistos; con dificultades adicionales que la teoría aceptaba sólo con exasperante morosidad y seguramente a la zaga de los acontecimientos; con más protagonistas de los que hubiera sido de desear; con más enemigos abiertos y encubiertos de los que un refractario optimismo estaba dispuesto a admitir y; con más traiciones de las que se pudiese imaginar.

La derrota de la revolución española fue, entonces, algo más que una frustración puramente bélica, bastante más que un traspie político y demasiado más que un defecto circunstancial a corregir: fue –aunque en ese entonces no pudiera ser percibido de ese modo– el réquiem del anarquismo clásico en su hora de mayor gloria y la dolorosa evaporación de una oportunidad que nunca más volvería a repetirse.

El anarquismo, sofocado además por las urgencias de la 2ª Guerra Mundial, comenzaba, a partir de ese momento, un largo período de ocaso. Condenado con desprecio a un ominoso ostracismo en el museo de las reliquias revolucionarias, el anarquismo clásico quedará reducido al círculo de nostalgias y solidaridades que la gesta española seguirá convocando durante muchos años más; vivirá en la prédica de quienes soñaron y trabajaron para renovar aquellas memorables condiciones; animará, en un lado y en otro, intentos sindicales, creaciones autogestionarias de diferente tipo, experimentaciones artísticas y los eternos gestos de resistencia al Poder. Pero todo ello estará ubicado bajo el signo de la dispersión y el repliegue y cubierto por interesados mantos de silencio y de indiferencia, cuando no de flagrante hostilidad. Mientras tanto, para los más incautos, el “*socialismo real*” se extendía a ojos vista y parecía marcar el camino hacia **la Revolución** y la construcción de un mundo nuevo.

En medio de aquella resignación de pretensiones científicas, el “mayo” francés de 1968, fue tanto una sorpresa como un llamado de atención para quienes pensaban que el anarquismo había sido definitivamente reducido a un motivo de preocupación exclusivamente arqueológica. No hubo aquí deliberación de especie alguna ni la larga labor preparatoria de revolucionarios abnegados y entregados a su causa en cuerpo y alma. No obstante, la reacción en cadena que caracterizó a los sucesos de mayo obligaba a pensar que ese súbito estallido de la juventud francesa estaba hiriendo en la médula misma de algunas de las sociedades de su tiempo y de sus principales interrogantes. Sobre todo si se tiene en cuenta que la agitación se dejó sentir no sólo en París sino en muchas de las principales ciudades europeas y en las universidades norteamericanas; y, por motivos propios, entre la juventud de las “*democracias populares*” del “*Socialismo realmente existente*” que se había decretado en el Este y; también, en las grandes urbes de Latinoamérica.²¹ En cada uno de esos lugares, con mayor o menor

Para una defensa de la organización de las milicias populares, *vid.*, Vernon Richards, Op.Cit., y en cuanto a las realizaciones económicas de la revolución es oportuno consultar a Gastón Leval, *Colectividades libertarias en España*; Editorial Proyección, Buenos Aires, 1972

fuerza, en formas más o menos explícitas, el anarquismo, no como movimiento pero sí como imaginario sedicioso, se perfiló como un convidado de piedra que todavía tenía mucho por andar y aún más que aportar sobre lo que en ese momento fue interpretado y vivido como una profunda crisis civilizatoria.

Pero, desde el punto de vista del anarquismo clásico y de sus núcleos militantes más retrógrados, la influencia del “mayo” francés fue ambigua en más de un sentido: así como se interpretaba los acontecimientos con la suspicacia que suscitaba un fenómeno cultural e ideológico nuevo, que debía ser objeto de una elaboración teórica imperativa, se los vivía también como una reactualización de la vieja problemática, como un renacimiento, como una resurrección, como el síntoma furtivo y apresurado de que volvía a ser viable replantearse la posibilidad de la *Revolución* libertaria en las sociedades centrales y, con mayor razón aún, en las sociedades periféricas. De hecho, el 68 francés sería observado a través del prisma que seguiría siendo el 36 español y se le reclamaría una cuota de circunspección y severidad que no podía aportar. La gesta revolucionaria española sobrevivía como lamentable patrón de medida, como el antecedente ilustre “insustituible” desde el cual cotejar, por comparación, los alcances y las limitaciones del “mayo” francés; para muchos podía decirse que, ahora sí, si a París no le hubiera faltado todo aquello que en su momento le sobró a Barcelona, se hubiera concretado **la Revolución** victoriosa.

Los sucesos de mayo del 68 en Francia fueron vividos, entonces, *como una variación del viejo paradigma*, pero rara vez como una incitación a pensar nuevamente y desde sus raíces un escenario y una problemática que ya no eran los mismos ni podían ser concebidos como reproducciones sin traumas de sus homólogos de un siglo antes. No obstante, cierta periferia inquieta, en torno al núcleo más retrógrado del anarquismo clásico, comenzó a hacerse eco de una cultura intelectual que, después de mayo del 68, tampoco podía ser la misma que diera lugar al paradigma finisecular. Se erigía la posibilidad de fundar un nuevo discurso, apoyado ahora en una nueva crítica. Con múltiples razones para que ello fuera así, la estructura de pensamiento y acción que el anarquismo había sido hasta ese entonces comenzaba a abrirse y, por lo tanto, a mostrar signos de debilidad.

Acto seguido, el mutis por el foro del franquismo en el Estado español y la reedición del anarcosindicalismo en el cuadro resultante de la llamada “transición”, abrieron nuevos cauces para el entusiasmo.

En una escala bien distinta, claramente infinitesimal en la comparación, en América Latina podía observarse también una cierta floración libertaria asociada, en algunos casos, al retroceso de las dictaduras militares (Bolivia, Argentina, Brasil

Sobre la extensión del fenómeno y para el reconocimiento de las diferencias y matices de los movimientos juveniles de la época, vid., la recopilación *La insurgencia estudiantil*; Editorial Acción Directa, Montevideo, 1968.

y Uruguay) y a las experiencias de participación popular relacionadas y, en otros, – en mucho menor medida y sin las reivindicaciones específicas del caso– a la errática lectura en torno a la proliferación de movimientos guerrilleros orientados a la toma del poder central (Nicaragua, Guatemala y El Salvador), que retomaban a su modo y en forma muy fragmentaria, localizada y fuera de contexto, algunos elementos del anarquismo clásico. Para éste, todo ello representó una prueba de fuego: era, ni más ni menos que el momento de capitalizar el impulso cobrado a partir del “mayo” francés, demostrando que todavía era posible, con las adecuaciones que cada caso particular ameritara, dar acogida a sus principales enseñanzas, sugerencias e insinuaciones en la vieja matriz encaminada al triunfo de *la Revolución liberadora*.

Esa intersección, sin embargo, no pudo darse en una escala significativa y, por el contrario, lo que realmente se planteó fue la rudeza del conflicto interno que, en ocasiones, se verificaba en términos virtualmente generacionales. Las organizaciones herederas del anarquismo clásico se avenían tarde y mal a las constataciones de rigor y los nuevos militantes anarquistas no sólo no conseguían ser el elemento vertebral de un cambio de concepción sino que muchas veces eran desplazados hacia un círculo concéntrico exótico y meramente complementario. Esa perseverancia del anarquismo clásico en la conservación de su integridad retrotrajo al llamado *movimiento organizado*, una vez más, a una condición inmóvil y testimonial, con el agravante de que ahora la misma se insertaba en una historicidad radicalmente distinta de aquella que, en su ya lejano momento, favoreciera su configuración y su despliegue. Los ecos del “mayo”, por su parte, se encaminaban a una cierta extenuación y aquél se volvía una referencia explicativa, pintoresca y simpática de ciertas transformaciones culturales, pero carente ya de toda peligrosidad anti-sistémica.

Este nuevo ocaso del clasicismo será, quizás, la prolongación demorada de aquél, ahora paradójicamente acompañado del estrepitoso derrumbe de uno de sus adversarios ancestrales: el “*socialismo real*”. Derrumbe éste largamente intuido, deseado y avizorado que, sin embargo, en el momento de producirse, lejos de presentar la anhelada posibilidad de abrir cauces de ruptura anárquica, actuó como vector fundamental de fortalecimiento de la más vasta reestructuración conservadora de que se tuviera conocimiento a lo largo del siglo.

Curiosamente, en el momento de la desintegración de la principal corriente centralizadora y autoritaria del viejo tronco socialista, en el instante de la confirmación de antiguas tesis anarquistas, el *movimiento libertario* como tal se vio también arrastrado y opacado por la marea triunfalista del pensamiento liberal y por el ocaso generalizado de las ideas y las prácticas orientadas a la transformación revolucionaria de la sociedad.²²

Este nuevo crepúsculo del clasicismo será también, en su evidencia, una amplificación de aquél, aunque ahora esté despojado de heroísmos colectivos, exilios y solidaridades para convocar. Se trata, por cierto, de un crepúsculo más profundo, más extendido y seguramente definitorio, por cuanto ahora sí están claramente involucradas la pertinencia y la pertenencia históricas del anarquismo clásico y claramente puestas en tela de juicio sus condiciones de posibilidad.

Las perspectivas revolucionarias del anarquismo clásico se esfumaron porque también se esfumó *la Revolución* y desaparecieron de la faz del planeta las condiciones que presentaron las sociedades europeas en el último tercio del siglo XIX, y cualquier recuperación concebible sólo es pensable a partir de un intenso proceso de apropiación de una historicidad nueva y radicalmente distinta. Ahora será preciso descifrar las insinuaciones múltiples de otras configuraciones políticas y económicas, otros cuerpos de pensamiento y otras luchas, cuyas claves son diferentes y no resultan ser una simple y lineal continuidad con el pasado.

Mientras tanto, todo parece conspirar en contra: una ideología dominante que mide el progreso en Megahertzios, en el avance de la nanotecnología, en cantidad de aparatos de alta tecnología y en posibilidades de consumo y que, a pesar de su optimismo desbordante y su supuesta vocación de cambio, es profundamente conservadora en términos de reafirmación de la Autoridad y la asquerosa sacralización del Poder; una extensión de mercados como tónica de dominación y como singular acompañante de una flagrante internacionalización de los privilegios; una desaparición de *los sujetos revolucionarios clásicos* y sus organizaciones y su sustitución por las quimeras ficticias del “consumidor”, el “cliente”, el “contribuyente” y el “ciudadano”, átomos desintegrados e inermes frente a la seducción agobiante de los grandes medios de comunicación y un ostentoso proceso de *ciudadanización*. Una pérdida generalizada de sentidos, donde cada acto de vida es la expresión irrefutable del desencanto del mundo y una vertiginosa carrera sin metas ni horizontes pasionales; un sentimiento de derrota, que ha reducido a la nada la sedición y el delirio, para absorberlos definitivamente en la larga siesta de la *esperanza*.

La situación parece obligar a un replanteamiento radical del anarquismo y al abandono definitivo del pensamiento clásico, que parta de un nuevo reconocimiento del mundo y su peculiar historicidad presente. Exige, por lo tanto, una intensa renovación a partir de sus propias bases críticas, una reformulación de sus marcos valorativos, de sus modelos, de sus proyectos de ruptura, de sus prácticas y de sus instrumentos. Para quienes nos formamos y crecimos en las mejores tradiciones del anarquismo clásico, para quienes durante mucho tiempo nos sentimos cómplices asincrónicos de la vasta caterva refractaria que se extiende entre Bakunin y Durruti, seguramente ha llegado el demorado momento de dar vuelta algunas páginas de la historia y no habrá más alternativa que hacerlo: lo haremos tal vez sin regocijo; pero lo haremos, y será suponiendo que

planetaria, está más cerca del retroceso que del avance; retroceso que, como luego tendremos oportunidad de desarrollar, será del anarquismo “clásico” y no del anarquismo contemporáneo.

quizás ése sea el mejor homenaje al siglo larguísimo de dignidad y coraje que nos precede.

Sin embargo, lo mejor de nuestra historia no puede ser dejado sin más por el camino: en nuestras roídas mochilas sobrevivirán, intachables, el ánimo irreflexivo de la insurrección, el profundo goce de la sedición y un tufo *ilegalista* o delictivo que queremos seguir respirando por la salud de la nueva transgresión anárquica.

Digámoslo una vez más: si el anarquismo quiere seguir pensándose de aquí en adelante como una *estructura abierta de pensamiento y acción* y proyectar su especificidad teórico-práctica, no tendrá otra alternativa que trabajar sobre una construcción paradigmática nueva a partir de una teorización fuerte de aquello que constituye sus actuales condiciones de posibilidad y de la crítica que está concatenada a las mismas; si, tal como ha sido reiteradamente insinuado, el anarquismo pretende ser un género propio de teorización y de práctica, deberá abrirse y cambiar al tiempo que lo hace la historicidad que lo configura y volver a reconocerse como actor subversivo relevante en un escenario radicalmente distinto a aquel que favoreció su despliegue primigenio; si, por último, estas intenciones se conciben a sí mismas como algo más que un vanidoso ejercicio intelectual, este proceso de elaboración no puede menos que constituirse como una coreografía –singular, específica e identificable– que tenga lugar en el seno de la confrontación antisistémica de nuestro tiempo.

El ataque del Tigre: La ética y la estética de la nueva trasgresión

Los instrumentos organizativos anarquistas se están viendo severamente zarandeados por nuestra historicidad presente. Despojados de un camino seguro y previsible, carentes ya de un sujeto social en el cual echar raíces definitivas, las organizaciones de raíz libertaria sólo pueden reconocerse a partir de sus metamorfosis, de su plasticidad, de sus movimientos.

Las viejas federaciones de núcleo sólido, fueran sindicales o específicas, dejan paso –contra su voluntad– a la formación de redes informales que se hacen, deshacen y rehacen al compás de una historia donde no parece haber lugar más que para la incertidumbre. En nuestra época, la tónica de los grupos anárquicos parece radicar más en las acciones posibles y apremiantes que en una proyección de largo plazo o en una arraigada vocación de permanencia.

Cierta ascesis no declarada, que durante décadas se perfilara como una suerte de moral extraoficial, parece estar siendo sustituida también por un accionar de nuevo tipo, más preocupado por los aspectos propiamente expresivos, más inclinado al hedonismo inmediato y más propenso a concebir sus prácticas como un espacio dionisiaco de erotismo y frenesí.

A todo esto, y a modo de inconclusión: ¿qué es posible decir de las prácticas anarquistas de nuestro tiempo? Un conjunto de prácticas posibles se dibuja en el horizonte inmediato –y, por lo tanto, aquí y ahora–, sin más expediente que la

trivial reválida de lo ya sabido: el ejercicio del pensamiento crítico como punta de lanza de nuestras obsesiones y el radicalismo teórico como su producto primero y de mayor relevancia en el plano del quehacer intelectual; el desgaste de las instituciones sobrevivientes, cuyos descoloridos oropeles las vuelven flancos particularmente débiles del actual panorama; la apertura siempre experimental y siempre provisoria de espacios de actuación, vinculando los niveles micro y macro hasta el extremo de sus sugerencias y sus aleaciones.

Sin perjuicio, entonces, de este abanico de posibilidades –de sus complementos y de sus derivaciones– lo que nos interesa explorar ahora es el aliento gutural y primitivo de la transgresión; ese acontecimiento nuclear sincopado con aquel viejo aliento bakuninista respecto a la necesidad de dar cabida a Satanás en el cuerpo y en la mente. Exploración que no pretenderá construir una “*línea correcta*” para tranquilidad de puntuales seguidores ni constituirse en la estrategia unificadora en la que se resuelva toda desalentadora fragmentación.

Si la transgresión es, en los términos semánticos más pueriles, la violación de mandatos, leyes y disposiciones, la transgresión propiamente anárquica es algo así como la provocación permanente, deliberada, irreverente, irónica y alevosa frente a los dispositivos, los actos y las seducciones del Poder. Esa transgresión es una ética, madurada en cada gesto beligerante, forjada como descubrimiento y creación de sí mismo, fraguada en tanto insurrección solitaria y acrecida en cuanto conspiración entre afines. Esa transgresión es, también, una estética, en tanto su ejercicio implica el reencantamiento subversivo del mundo, la animación de las cosas y los hechos mediante la creación de sentidos que el Poder vuelve inaccesibles, la fascinación renovada y enamorada de lo imposible. Esa transgresión es, por último, una crítica en actos, una representación de potencialidades refractarias, un juego de desafíos y de flujos, una expresión estrepitosa en cuyo centro resuenan los acordes de la contienda.

Si hoy podemos reclamarnos todavía como discípulos avejentados pero aventajados del viejo Bakunin, no podemos menos que abocarnos a replicar aquella doble ruptura originaria, multiplicándola ahora en un espacio de dimensiones considerablemente más complejas. Una vez más, habrá que vérselas cara a cara con las figuras de autoridad y con el espíritu de servidumbre que aún pulula, con institucionalidades arcaicas o recién nacidas, con opresiones desembozadas y con mojigaterías irredimibles, con las expresiones más crueles del Poder pero también con su lejana periferia de monjas, notarios, monaguillos y *boyscouts*.

Será una práctica cargada de sensualidad y de erotismo, donde los valores detonantes se pretenden a sí mismos como una realización inmediata de vida, continuamente puesta en tela de juicio y continuamente sometida al bisturí y al pincel, al cincel y la dinamita. Así, la figura del transgresor no puede, de momento, ser más que la figura de un profeta sin milenio, de un arquitecto sin Utopía y de un bandido sin tragedia; un empañado borrador de la alteridad (pero también del Único, incontrolable e irreplicable); un boceto imperfecto de un paradigma

subversivo que hoy no es más que una voluntad incorregible de destrucción creadora. En ese sendero zigzagueante y lujurioso, probablemente la Anarquía y sus referentes transgresores, rupturistas y heréticos inmediatos no sean, tampoco, más que esa frondosa elocuencia sin discursos canónicos con que León Felipe definía y defendía sus propios ejercicios de ineludible lirismo:

*Deshaced ese verso.
Quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma.
Aventad las palabras,
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.*

Serie Folletería:

Folleto 1 *Consideraciones de la TIA (Tendencia Informal Anarquista), Gustavo Rodríguez.*

Folleto 2 *Incitando al debate en torno a la extensión de la Anarquía más allá del anarquismo, Gustavo Rodríguez.*

Folleto 3 *(Re) Pensar la Anarquía en el siglo XXI, Gustavo Rodríguez.*

Folleto 4 *Danzando sobre cristales rotos: apuntes en torno a la práctica de la sedición anárquica contemporánea e invitación a su (re)valoración, Gustavo Rodríguez.*

Folleto 5 *¡Contra toda Esperanza!, Gustavo Rodríguez.*

Nota editorial: El presente folleto corresponde al Capítulo III (“Para no concluir”) del libro *¡Que se ilumine la noche! Refractarios hasta las últimas consecuencias -Génesis, desarrollo y auge de la Tendencia Informal Anarquista en México*, del compañero Gustavo Rodríguez, publicado por Ediciones Internacional Negra, Santiago de Chile, Chile, en noviembre de 2013 y reimpresso en México en diciembre 2013.